

## LECTURA DE LUIS CON ILUSTRACIONES DE ROSALES

Porque todo es igual y tú lo sabes,  
he andado revolviendo con una urgencia ligeramente impregnada de  
moho  
entre oscuros papeles juvenilmente férvidos,  
ya un poco inhabitables desde el momento mismo en que los escribí,  
contagiados tal vez de esa furtiva erosión que se instala en las  
casas desde las que de ninguna manera se puede ver el mar,  
asomándome a ellos como a través de una puerta que ha envejecido  
inútilmente sin cambiar de postura,  
y he encontrado de pronto,  
aunque quizá no hiciera falta encontrarlo para saber que estaba allí  
creciendo a fuerza de esperar,  
el rastro de una noche cuyo espejo ha venido asociándose desde hace  
veintiún años a la heredad de unas palabras juntamente deu-  
doras,  
y es posible que lo que ahora haya acabado de sedimentar en el hondón  
de esas palabras  
no constituya más que un acto de rescate para poder distribuirlas de  
otro modo,  
para no tropezar demasiado con los bordes de sombra que le han ido  
naciendo por la parte más débil,  
porque todo es distinto y tú lo sabes.

Y ahora es ya la memoria que se ilumina como un cabo de vela que  
se enciende con otra,  
y es la fe que tantea y se vuelve hacia atrás lo mismo que el dormido  
se vuelve a la pared para impedir que el sueño ocupe más  
espacio del que razonablemente le corresponde,  
y allí sigue creciendo aquel rastro como sigue creciendo la certeza  
de que conocer a Luis era empezar de algún modo a releerlo,  
mientras lo oigo escribir entre las perentorias márgenes de un día  
de noviembre de 1949,  
con una voz resolutoriamente adjetivada por el ceceo de la impa-  
ciencia,

que la única humilde posibilidad de cumplir pródigamente con la conminación de aquella noche era acabar de consumirla en Jerez, y Vicente Bobadilla, que buscó en Cádiz para llevarme a aquel cristal de puerto desde el que todavía se estaban esperando mutuamente Leopoldo y Luis,

respondió que en realidad quedaba un tiempo lo suficientemente irreversible como para que ya se hubiese rebasado el plazo de empezar a volver,

y aunque por lo común era tan tarde y tan temprano algunas veces todavía

y aunque sólo faltaran unas horas de fiebre o en todo caso veintiún años de asombro para que saliera aquel barco surto en la zona más crédula de la noche,

Luis insistió en que de ninguna forma podía desaprovecharse el riesgo de cumplir ese pacto, probablemente

para tener la seguridad de que había hecho cuanto era necesario para vivir.

Y así ingresamos en el trémulo turno del istmo,

entre el vertiginoso manadero de calma de un paisaje irrestañablemente alucinado por su misma tendencia a equivocar los fronterizos trámites del agua,

rodeando la bahía como con una venda, arropándola acaso con la misma apremiante obstinación con que un niño se arropa para esquivar la embestida del miedo,

ejercitándonos en la complicidad con aquel insumiso deterioro del tiempo que se hizo dócil de repente

y se hizo dulce como un caballo ciego arrodillado junto al mar,

y aproximadamente entonces,

con esa subalterna dosis de mansedumbre que se aloja en los pliegues de la perplejidad,

traspusimos la iracunda marisma de Malcorta y el azulenco salinar de Suazo,

entre la mordedura del salitre y los reptantes líquines del vino,

sintiendo desplazarse el hondo péndulo del tiempo

como la carne siente a veces que en algún lugar del mundo se está abriendo una grieta,

hasta que cierta subrepticia imantación de la luz nos hizo sospechar que ya debíamos de haber llegado a Jerez desde hacía un trayecto de vida considerablemente estacionario,

mientras que la equidad de la mañana hizo de nuevo transitable la  
posibilidad de que aún no hubiese soltado sus amarras el acu-  
ciante barco de la víspera.  
No es que registre ahora el vago repertorio de relumbres de ese es-  
pejo de vida,  
sino que restituyo la persistencia de su acopio humano a un inven-  
tario de verdades,  
porque fue entonces y no en ninguna otra fragmentaria bifurcación  
de mis encuentros con Luis,  
cuando empecé a saber que estaba releyéndolo por vez primera mientras  
lo oía hablar,  
mientras iba aprendiendo hasta qué extenuante punto era preciso es-  
cribir  
encarnizándose con la propia manera de ser hombre, agrediendo más  
bien la inapelable cerrazón de lo que algunas veces suele lla-  
marse realidad,  
hasta ganarse el merecimiento de unas pocas palabras que no se habían  
juntado nunca antes,  
y ahora vuelvo a entrafñármelo como quien lo convive para poner un  
poco de orden en la sublevación de su experiencia,  
sabiendo que jamás me he equivocado en nada  
sino en aquello sólo que quería.

*JOSE MANUEL CABALLERO BONALD*